

por consiguiente, embellecida, enriquecida y en cierto modo divinizada; y en virtud de aquellas nupcias inenarrables entre la divinidad y la humanidad, el ángel tenía que hacerse vasallo del hombre. Hé aquí el escollo, la piedra de escándalo, la causa ocasional de su crimen y de su castigo. Ved aquí por qué llegada la hora, él se encuentra en el paraíso terrestre, porque lo ronda, mientras el Señor forma del limo de la tierra al hombre; entónces le sigue por todas partes con ojos celosos, observa los hechos y gestos del sublime Escultor; y cuando la obra maestra acaba de salir de aquellas manos divinas, se lanza sobre ella para destrozarla ó al ménos para ensuciarla con su impuro contacto.

Perfectamente urdido el complot, á la letra se ejecutó. El Génesis nos refiere la lucha en que el primogénito de la familia humana miserablemente sucumbió, arrastrado, seducido por su débil y vanidosa compañera. Sin embargo, el triunfo de Satan no fué completo, porque en medio de ruinas tan precoces de la humanidad, entre la embriaguez de su fácil victoria, un segundo anatema calló sobre él.—Haz querido tú perder al género humano por una muger, y una muger quebrantará tu cabeza: *Ipsa conteret caput tum.*

(Continuará.)

#### ANECDOTA.

En una parroquia de la diócesis de Beauvais vivia un antiguo capitán del imperio; su valor en los campos de batalla le habia hecho acreedor á la cruz de la legion de honor. Después de haber servido noblemente á su país se retiró á la vida privada. Sus sentimientos religiosos dejaban mucho que desear: raras veces se le veía en la Iglesia. Cayó enfermo de una afección de languidez; se pidió por él, y Dios oyó aquellas deprecaciones. La fé entró en el alma de aquel valiente oficial; se confesó de la manera más satisfactoria y se dispuso para recibir el sagrado Viático. Fijado el día para el efecto, su aposento se convirtió en un oratorio. Entra el Santísimo Sacramento. Nuestro capitán estaba dominado de una grande postración; pero al ver al Dios de los ejércitos que se dignaba visitarle en su aposento, hace un esfuerzo supremo y se levanta sufriendo mucho. Su pastor entonces le aconseja que tome una posición menos incómoda.

Oid lo que respondió:  
—¿Y qué, Sr. cura, cuando en el campo de batalla he soportado otras más incómodas para merecer esta cinta encarnada!..... para ver y recibir á mi Dios, no he de poder soportar ésta y sufrir cuanto El me permita!..... Ah! muy bien merece que ahora yo haga cuanto pueda por El.

# COLECCION

## Documentos Eclesiásticos.

Tom. 3. Guadalajara, Enero 22 de 1881.

Núm 12.

### SECCION I.

#### Disposiciones generales de la Iglesia.

#### Congregacion del Concilio.

#### DECRETUM

Quo SSmus. Pater Leo XIII declarat ac statuit, matrimonium, quod a jure civile, impedimentum justitiae honestatis publicae non producere.

Postquam laici legumlatores praeter civiles ac políticos matrimonii effectus, impio ausu ipsum pervadere ac moderari praesumpserunt matrimoniale foedus, quod a Deo auctore naturae, ante omnem civilis societatis existentiam primitus institutum, ac ad ineffabilem Sacramenti dignitatem deinde á Christo Redemptore eVectum, quamlibet politicam et civilem iurisdictionem penitus excedit, pluries Episcopi alique animarum pastores ab Apostolica Sede anxii postularunt, an ex actu civili, qui honorandum usurpat matrimonii nomen, impedimentum justitiae publicae honestatis oriatur. Quae postulationes cum

iteratae postremis hisce temporibus fuissent, Summus Pontifex mandavit, ut hujusmodi negotium a S. Congregatione Emorum ac Rmorum S. R. E. Cardinalium Concilii Tridentini interpretum rite ac sedulo expenderetur. Sacra autem Congregatio, exquisitis virorum in theologicis et canonicis disciplinis peritorum consultationibus, ac re mature discussa in generali comitio diei 13 Martii 1879 propositae dubii formulae—*An actus, qui vulgo audit matrimonium civile, pariat impedimentum justitiae publicae honestatis*—rescripsit—*negative; et consulendum SSmo, ut id declarare ac statuere dignetur.*—Quapropter SSmus Dnus. noster Leo Papa XIII audita universae rei relatione in audientia diei 17 ejusdem mensis in voto S. C. consedens per praesens decretum declarat, ac statuit, praememoratum actum qui vulgo dicitur matrimonium civile, in locis ubi promulgatum est decretum Concilii Tridentini Sess. XXIV. cap. 1. et 3. de Reform. matrim. sive fideles actum ipsum explentes intendunt, uti par est, (matrimonio ecclesiastico jam rite celebrato, vel cum animo illud quantocius

la idea primordial de la enemistad de Satan contra ella, y de su soberano dominio sobre él, nos representan á los espíritus infernales aterrorizados á su sola vista, y huyendo ante su radioso rostro, como ante la sombra de la muerte. [1]

¿Quién no ve en esta poesía oriental celebrando la belleza y el poder de María, como una muestra de la sublimidad del poder sobrenatural del Sacerdocio sobre el corazón de Dios por la oración oficial, y sobre los espíritus malignos por los exorcismos y la imposición de sus manos? La oración del sacerdote rápida vuela al cielo como una saeta inflamada; no solo se hace escuchar, sino obedecer, [2] porque no es el hombre quien habla en ella, sino el ungido del Señor, sino la Iglesia de la que en ese momento es el representante, el porta-voz de la Esposa muy amada, á quien el Real Esposo dijo en el día de sus reales nupcias: "Todo lo que me pidieris, aunque fuera la mitad de mi reino, lo obtendrás." [3]

¿Quién podrá medir la fuerza y eficacia de la oración oficial del Sacerdote? ¿Quién podrá trazar los límites de su acción? San Gerónimo lo ha ensayado comparándola á la lira mitológica cuyas dulces armonías domaban á los animales más feroces y

[1] Job. c. 24. v. 17.

[2] Salviano, lib. 2 de gubern. Dei.

[3] Esth. 5. v. 6.

atrayendo hasta los seres puramente materiales. Después de haber recordado esta fábula, añade, hablando de la oración sacerdotal: "Ved nuestra lira, nuestra cítara." [1] Los sonidos de este instrumento son tan suaves y melodiosos, que ejercen una especie de atractivo sobre los oídos y el corazón de Dios, atrayéndolo como por encanto. Esta última palabra ó su significación se encuentra á cada paso en la Biblia. Cuando Saul, agitado por el demonio del cielo se enfurecía, el joven David pulsaba entonces el arpa y al punto, al dulce arrullo de sus armonías, el rey se calmaba, y sus pasiones sublevadas entraban en calma y silencio. De la misma manera—dicen los comentadores—Dios se indigna contra los pecadores, se apresta á castigarlos en su cólera; pero que entonces se haga percibir el sonido de la lira sacerdotal, que la dulce oración del Orfeo cristiano llegue á su corazón, en el momento, la justicia de Dios, como adormecida, magnetizada con el encanto de aquella música santa, el rayo vengador cae de sus manos.

En cuanto al poder del sacerdote sobre los espíritus infernales, está definido en su ordenación de exorcista:—El Pontífice le habla en estos términos: "Recibid el poder de imponer las manos sobre los energúmenos, y por esta imposición, la gracia del Espíritu

[1] Com. sobre el Salm. 144.

Santo, y las palabras del exorcismo, los espíritus inmundos son arrojados de los cuerpos de los posesos." (1)

Nada iguala á la magnificencia del rito por el que el sacerdote ejerce este prodigioso poder. Basta leer en el formulario sagrado aquellas invocaciones repetidas al Dios terrible, sus imprecaciones contra la Bestia que devasta la viña del Señor, las órdenes imperiosas que le dá de dejar á su víctima y prosternarse ante la obra de Dios. Basta ver aquel gesto magestuosamente dramático por el que, después de haber pasado un lado de su estola al derredor del poseso, le presenta el crucifijo, diciéndole: Mira la cruz del Señor, huye á otras partes donde no dañes, ved al León de Judá, vuestro vencedor. (2)

Por cierto que no es de desearse asistir á semejantes escenas, no obstante su grandeza y magestad, por el temor que infunden. Pero basta leer sus detalles en el Ritual romano para convencerse que no hay otra cosa más propia para demostrar el poder sobrenatural del Sacerdote sobre los demonios; en lo que tiene cierta analogía con la Santísima Virgen.

En la larga serie de oráculos concernientes á María y que pueden aplicarse al Sacerdote, tomaremos aquel que el Rey David formulaba en estos términos: "Nuestra tierra ha dado su fruto." (3) Las palabras "nuestra tierra"

[1] Pontif. rom.

[2] Ritual. rom. v. 8. c. 8. v. 1. [1]

[3] Salm. 84. v. 13. c. 8. v. 1. [2]

dice San Gerónimo, designan á la bienaventurada Virgen. Es nuestra tierra, porque pertenece á la descendencia humana, procede del mismo tronco; Hija de Eva y de Adán, ha sido formada del mismo barro, y aunque la muerte no tuvo para ella más que sonrisas, escrito estaba que se sujetaría á ella, al menos por un instante, como todo lo que nace sobre la tierra, como su Hijo único, Dios perfecto, y hombre perfecto.

María es "nuestra tierra" igualmente como Madre de la humanidad; en ella tenemos nuestro domicilio; nos abriga en su corazón; le pertenecemos; pero también ella nos pertenece: tenemos el derecho de llamarla *nuestra*, de lo que nos complacemos; porque es una Madre fecunda que nos ha dado su fruto. Su fruto ha sido llamado también por el profeta: "Que la tierra se abra y que engendre al Salvador." Su fruto, es pues, Cristo, Redentor del mundo; fruto exquisito, delicioso que ella nos dá como alimento y como bebida sobre este destierro, aguardando de él nuestro alimento por toda la eternidad. (1)

El Sacerdote es también *nuestra tierra*, corporal y consanguíneo de todos los hombres, porque de entre ellos está tomado, (2) y no tiene á los ojos de la carne nada absolutamente que lo distinga de sus hermanos, con quienes comparte la naturaleza y las en-

[1] S. Juan. c. 6. v. 56.

[2] Hebreos. c. 5. v. 1. [2]

fermedades. Para nosotros, pues, como sacerdote, "es nuestro," para nosotros, para nuestro servicio; es nuestro dominio; tenemos de él, con goce, el usufructo; tenemos el derecho de llamarlo para que nos instruya, nos consuele y nos edifique; al nacer, para que bendiga nuestras cunas; viviendo, para que santifique nuestras familias, y muriendo, para que lllore sobre nuestras tumbas y asegure nuestra eternidad.

Del sacerdote, así como también de María, decía el profeta: "Vamos á la ciudad fuerte, rodeada de baluartes."

[1] María es llamada frecuentemente "ciudad," porque el Hijo de Dios debía habitar en ella, levantar su trono en su casto seno. "Oh, ciudad de Dios! exclama David, cosas gloriosas se dirán de Vos." [2] ¿Y no es en el corazón del Sacerdote donde, como en un campo atrincherado, como en una ciudadela inexpugnable, vienen á abrigarse la conciencia—ilustre proscriba—la santa libertad, el verdadero y puro patriotismo? ¿No es allí donde encuentran igualmente un asilo siempre abierto los desamparados, los desheredados, los ultrajados, los desterrados y los que llevan sobre su frente el anatema del mundo; en una palabra, todo lo que representa al Cristo en su doctrina, en su moral, en su cruz? Si, el Sacerdote es verdaderamente la ciudad de Dios, y por ésto

(1) Jerem. c. 8. v. 14.

(2) Salm. 87. v. 3.

nadie se admire que la piedad se complazca en cantarle sus glorias: *gloriosa dicta sunt de te civitas Dei.*

Lo que se ha dicho más glorioso de la Sma. Virgen, es que debía engendrar el Emanuel ó Dios con nosotros (1): lo que se puede decir más glorioso del Sacerdote es su misión exclusiva de perpetuar, renovando sin cesar, este misterioso engendro en el mundo y retener al Emanuel entre nosotros. No insistimos sobre esta profecía, cuya grande idea ha inspirado esta obra, y la que tendremos presente en todas nuestras meditaciones. Terminemos esta corta ojeada por el último oráculo, el de Jeremías, que nos representa á la Madre y al ministro de Jesucristo como las centellas vigilantes de la Iglesia y de la sociedad.

Profeta: ¿qué ves? le preguntaba el Señor.

Y el profeta respondió: veo como una vara vigilante. [2]

La historia de la Iglesia, al través de todos los siglos, no ha sido, ni será, más que la historia de Satan persiguiendo con encarnizamiento y un odio implacable, todo lo que de cerca y de lejos recuerda el adorable misterio de la Encarnación, es decir, la historia de las pasiones humanas, de todas las injusticias, de todas las violencias dirigidas, ya contra la doctrina, ya contra la autoridad, ó contra las personas de la religion cristiana. Pre-

[1] Isaías c. 8. v. 14.

[2] Jerem. c. 1 v. 11.

guntar cuál ha sido la misión de María en medio de tan espantosas tempestades, es preguntar también cuál puede ser la misión de un madre cuando ve que sus hijos están en peligro de perecer. Entonces ella vela, ora, combate. Así se complacen los oradores sagrados en pintárnosla con el profeta bajo este triple aspecto, de pie á las puertas de la Iglesia, atenta á sus necesidades, guardiana celosa de su fé y de su honor, extendiendo amorosamente sus alas maternas sobre la gran familia cristiana: *sicut gallina... pullus suos.* [1] Los herejes de todas épocas y de todos los matices, desde Nestorio hasta Lutero y Calvino, no se han cuidado del hecho ni de la fuerza de esta protección; pero sus esfuerzos para suprimirla, no hicieron más que multiplicar la prueba. Las armas que dirigieron contra el inmortal edificio de Jesucristo, se convirtieron contra su propia casa que fué reducida á polvo, y el infalible instinto del pueblo cristiano no ha cesado jamás de atribuir estos grandes resultados á la vigilancia y poderosísima intervención de la Madre de Dios.

Pero ¿cómo Jesucristo, y con él la Virgen Santa, ejercen esta vigilancia en todos los días y en todos los instantes? Por el sacerdocio, en todos los grados de la gerarquía sagrada. La palabra "Obispo" significa el que vela, de una palabra griega, que significa

ver de lo alto. El Papa, que es Obispo de los Obispos, vela sobre la Iglesia universal; tiene su vista fija sobre los pastores y sobre el rebaño; señala el peligro hasta en las extremidades de la tierra. El Obispo diocesano, bajo la dependencia del sucesor de San Pedro, ejerce aquella vigilancia en los límites de su jurisdicción; el simple sacerdote, bajo la autoridad del uno y del otro, la ejerce en la esfera que le está asignada. Y todos, como en orden de batalla, se repiten los unos á los otros estas palabras bíblicas: "Centinelas, ¿qué decis de la noche?" (1) "Ciudad, velad." [2]

Ved el admirable espectáculo que presentan sin interrupción la gerarquía santa: "Siempre gritando: ¡centinela! —y respondiendo el que sigue:—Alerta.—Asechando siempre los movimientos del enemigo, expiando sus pasos, observando sus doctrinas. Tiene el cargo de cuidar de todas las almas, tiene que responder del precioso depósito de la fé, y es por lo que prorrumpa en este grito de alarma. *Virga vigilans.*

Es necesario limitarnos, porque la cadena de los oráculos que ven á Jesucristo primeramente, y por concomitancia á María y al Sacerdote, llena toda la Biblia. Viéndolos descorrer á los ojos de su ardiente fé los justos de los antiguos tiempos, era como dul-

(1) Isai. c. 21. v. 11.

(2) S. Mat. c. 26. v. 41.

(1) Mat. c. 23. v. 37.

celebrandi) meram caeremoniam civilem peragere, sive intendant sponsalia de futuro inire, sive tandem ex ignorantia, aut in spretum ecclesiasticarum legum, intendant matrimonium de praesenti contrahere, impedimentum justitiae publicae honestatis non producere. Atque ita etc.

Si se quiere estudiar más ampliamente esta materia, vease el discurso del secretario de la misma S. Congregación del Concilio, en que reasume los dictámenes presentados á ella por tres eminentes teólogos y canonistas. Se halla dicho discurso en la obra "Analecta Juris Pontificii." (Tom. 18, col. 866 y siguientes.)

### SECCION III.—Variedades.

#### LA VIRGEN Y EL SACERDOTE.

#### Relaciones generales de semejanza entre María y el Sacerdote.

(Continúa.— Véanse los números 10 y 11.)

¿Quién es esta mujer, que á pesar de la debilidad de su sexo debía triunfar sobre el más fuerte, el más astuto, y el más orgulloso de los espíritus arrojados al averno? MARIA; la que habia visto á la derecha de Cristo, del Hijo eterno de Dios, en el día maldito de su rebelion y de su desgracia; la

que volverá á ver en Belen, y en el Calvario diciendo al hombre de los dolores: "HIJO MIO;" la que siempre encontrará aplastando con el pié su inmunda cabeza en todos los cismas, en todas las herejías, en todas las apostasías; aquella á quien la historia, al mismo tiempo que la Iglesia nos los canta en sublimes acentos de su liturgia santa: *Cunctas haereses sola interemisti in universo mundo.*

Á nuestra vez podriamos interpelará la filosofía contemporánea diciéndole: Tú que no te das cuenta del aborrecimiento de Satan contra la humanidad en el paraíso terrestre, explícanos el aborrecimiento de cierta parte del mundo al sacerdote de Jesucristo. El hecho es innegable. Desde el cínico bufon que quiso extrangular al último de los sacerdotes con las tripas del último de los reyes; desde el tigre de semblante humano que deseaba que el clero no tubiese mas que una sola cabeza para cortársela con un solo golpe, hasta aquellos miserables, que cada dia, pública é impunemente vomitan contra él los ultrajes más sangrientos, las obsenidades más repugnantes, es siempre el mismo abominable concierto de vociferaciones y amenazas. Dínos, oh sutil filosofía: ¿tiene el sacerdote en su naturaleza de hombre algun motivo esencial de repulsion? ¿Es menos sobrio, menos casto, menos patriota que los que lo atacan? para servirnos del espíritu bíblico, ¿dá una piedra á quien le pide pan; ó un escorpion á quien le pide un huevo? ¿Cabe en sus deseos ó en sus medios, exterminar á

la humanidad de quien es uno de sus miembros?

Pobre filosofía! Ella se calla, y baja la cabeza. No puede negar el hecho, es impotente para explicarlo; y con todo, el misterio es diáfano y sencillísimo para penetrarlo. Es una nueva edicion de la escena del paraíso terrenal.

Satan revoluciona de nuevo; pero bajo su nueva librea se distingue el mismo corazon rencoroso. No pudiendo lanzarse sobre el misterio que lo arrojó desde el cielo como el rayo, sobre la encarnacion del Verbo, sobre la hipóstasis santa que une en Cristo la naturaleza humana con la divina, se precipita sobre el sacerdote que es la personificacion viva de este sobrenatural é incomprensible prodigio; así, se lanza, repito, sobre la imágen, ya que no puede alcanzar á la realidad, contra la que nada puede, porque el Cristo ha hecho trizas su cetro al salir vencedor del sepulcro. Ved, pues, por qué rabiando de furor se convierte, á más no poder, contra la Iglesia y su sacerdocio.

Mas la profecía realizada por María se realizará tambien para el Sacerdote: *Ipse conteret caput tuum.* El sacerdote aplastaria tambien la revolucion. Ya ha estampado sobre su frente el signo de la reprobacion; está condenada á no poder vivir mas que de expedientes inicuos ó de torpezas, á mentir, á traicionar, á robar. ¿Qué importan sus mordeduras para quien se ha cubierto con el escudo de la fé,

y su puñal de sicario para quien considera la vida como un calabozo y la muerte como un triunfo?

*Ipse conteret caput tuum:* el Sacerdote se rió de Satan; humilde, desprecia su orgullo; libre, su bajeza; pobre, su ambicion; casto, sus impurezas; apóstol, su vergonzoso proselitismo. Que hable, que escriba, que obre, el sacerdote hará otra cosa mejor: sabrá morir; y las cuerdas armoniosas de todos los siglos, repetirán acordes, tambien para él, el himno compuesto para la Virgen: *cunctas haereses interemisti in universo mundo.*

Despues de esta doble profecía de los tiempos prehistóricos y del paraíso terrestre, María estrechamente ligada á su divino Hijo, viene á ser con El el punto adonde se dirigen las miradas de todos los inspirados de Israel y de todas las almas justas. Desde las edades muy lejanas, en ella fijaban sus miradas, y la saludaban por la fé y por la esperanza con sus respetuosos homenajes. [1]

Unas veces describen la eterna belleza que le otorgara la divina Sabiduría por sus virtudes y prerogativas; [2] otras proclaman su poder sobre el corazon de Dios por sus oraciones de Madre amada y obedecida. ¿No le habia dicho el Señor: "pedid, oh, Madre! que yo nada os puedo rehusar?" [3] Y volviendo á

[1] Ad. Heb. c. 4. v. 13.

[2] Prov. c. 8. v. 9.

[3] Reg. c. 2. v. 16.